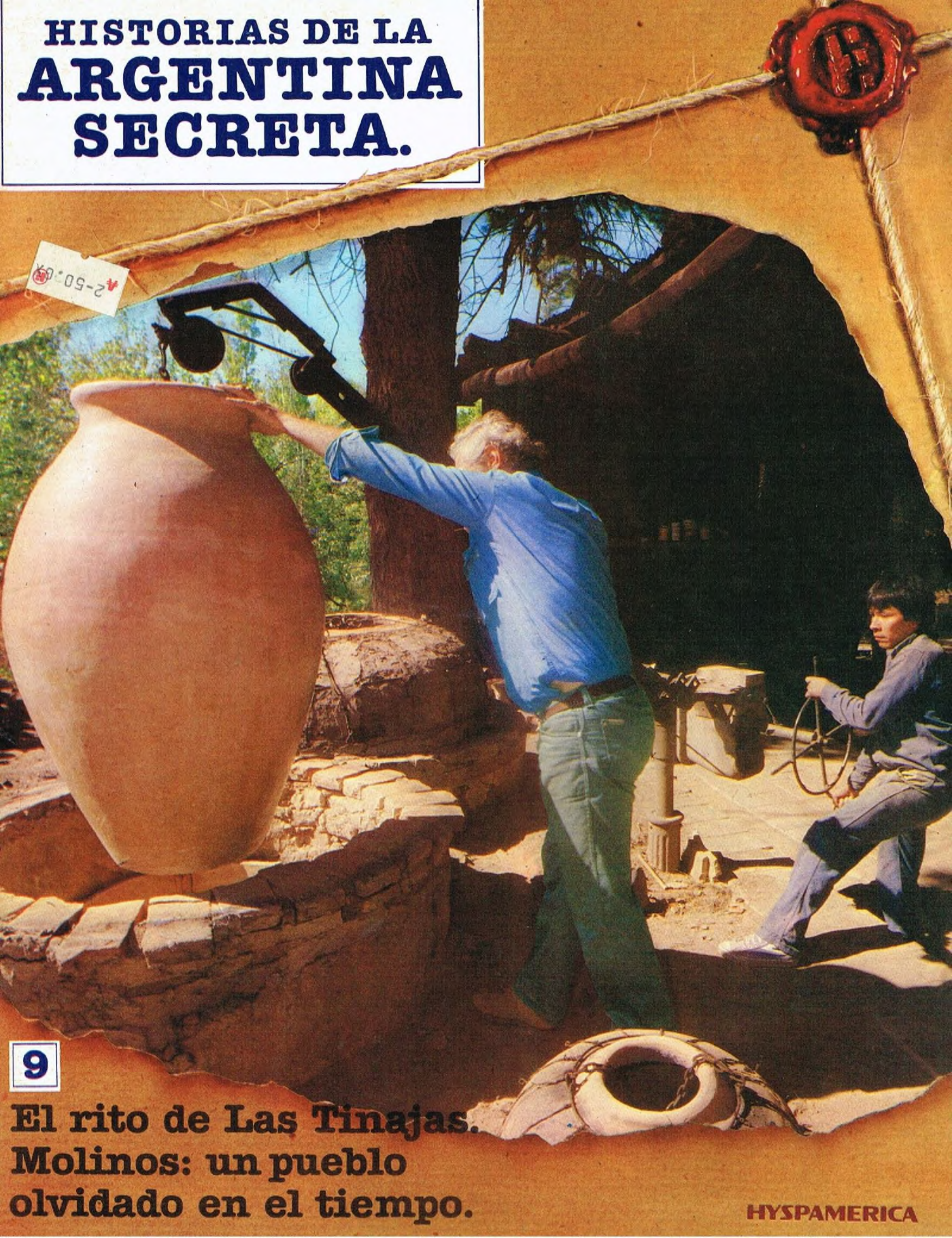


HISTORIAS DE LA ARGENTINA SECRETA.

9

El rito de Las Tinajas. Molinos: un pueblo olvidado en el tiempo.

HYSPAMERICA

HISTORIAS DE LA ARGENTINA SECRETA.

PLAN DE LA OBRA

HISTORIAS DE LA ARGENTINA SECRETA es una colección documental de cien fascículos que aparecerán semanalmente. Cada veinte fascículos se formará un tomo. Las tapas para encuadernarlos saldrán a la venta con los números 20, 40, 60, 80 y 100. Con las contratapas de cada fascículo se podrá encuadernar, al finalizar la obra, el **ATLAS DE LA ARGENTINA REAL**, que contendrá, además, **LA ARGENTINA EN CIFRAS**, amplia colección de datos, estadísticas, descripciones físicas, sociales y económicas de las provincias argentinas. Se incluirán también mapas de valor histórico y geográfico de relevante importancia. Este material complementa el **ATLAS DE LA ARGENTINA REAL**. Por razones de ordenamiento cada fascículo anticipará datos del mapa que se publicará en el siguiente. Las referencias del atlas así como las del mapa de la Argentina que se entregó en el número uno, acompañarán las tapas para encuadernar el atlas. Estas se pondrán a la venta al promediar la colección.



Cómo llegar: *Los Valles Calchaquíes enlazan pueblos, paisajes e historias de asombro. Desde Jujuy –o desde Salta y Tucumán–, es posible emprender excursiones turísticas utilizando las numerosas líneas de ómnibus que atraviesan esa fascinante geografía. Caminos de montaña, cuestas y abras exigen experiencia y pericia en el manejo. Pero es posible emprender la travesía en el auto familiar. Las casas de provincia o las direcciones de turismo provinciales aportan cartas de ruta, mapas y guías.*

Editor:
Raúl E. Paggi.

Consejo editorial:
Jorge Lebedev, Doctor Alcides Lorenzo, Ingeniero Alejandro Lorenzo, Stella Paggi.

Directores generales de la obra:
Otelo Borroni y Roberto Vacca.

Redactores:
Jorge Anitua, Carlos Inza, Diego Lagache.

Fotógrafos:
Ignacio Corbalán, John Fernandes, Jorge Vilariño.

Coordinadora editorial:
Haydée Valero.

Diseño:
Lorenzo Amengual, Daniel Sozzani.

Cartógrafos:
Daniel Marín, Pedro Rotay.

Documentadora cartográfica:
Noemí Casset.

Secretaria:
Analía Gardín

Jefe de diagramación:
Víctor C. Sarracino.

Diagramación y armado:
Pedro Charab, Luis Armando Castelvi.

Corrección:
Aurora Chiaramonte.

Jefe de producción:
Juan Carlos Calderoni.

Asistente de producción:
Francisco Antonio Ursino.

Recopilación de videotapes:
Mario Stillitani.

Producción gráfica:
Paulina Elissetche.

Editado por:
Hyspamérica Ediciones Argentina S.A.
Corrientes 1437, 4° piso
(1042) Buenos Aires
Tel. 46-4385/4419/4484

Distribución
Capital Federal:
Distribuidora Rubbo S.R.L.
Garay 4226/8, Buenos Aires
Tel. 923-4725

Interior:
Hyspa Distribuidora S.A.
Corrientes 1437, 5° piso, Buenos Aires
Tel. 46-3904/4404

Canje por tomos encuadernados:
Hyspamérica Ediciones Argentinas S.A.
Corrientes 1437, 5° piso, Buenos Aires
Tel. 46-6249/5197/4591

Fotocomposición:
Gráfica Publicitaria
Rivadavia 2358,
Tel. 47-0141/3239/48-4112

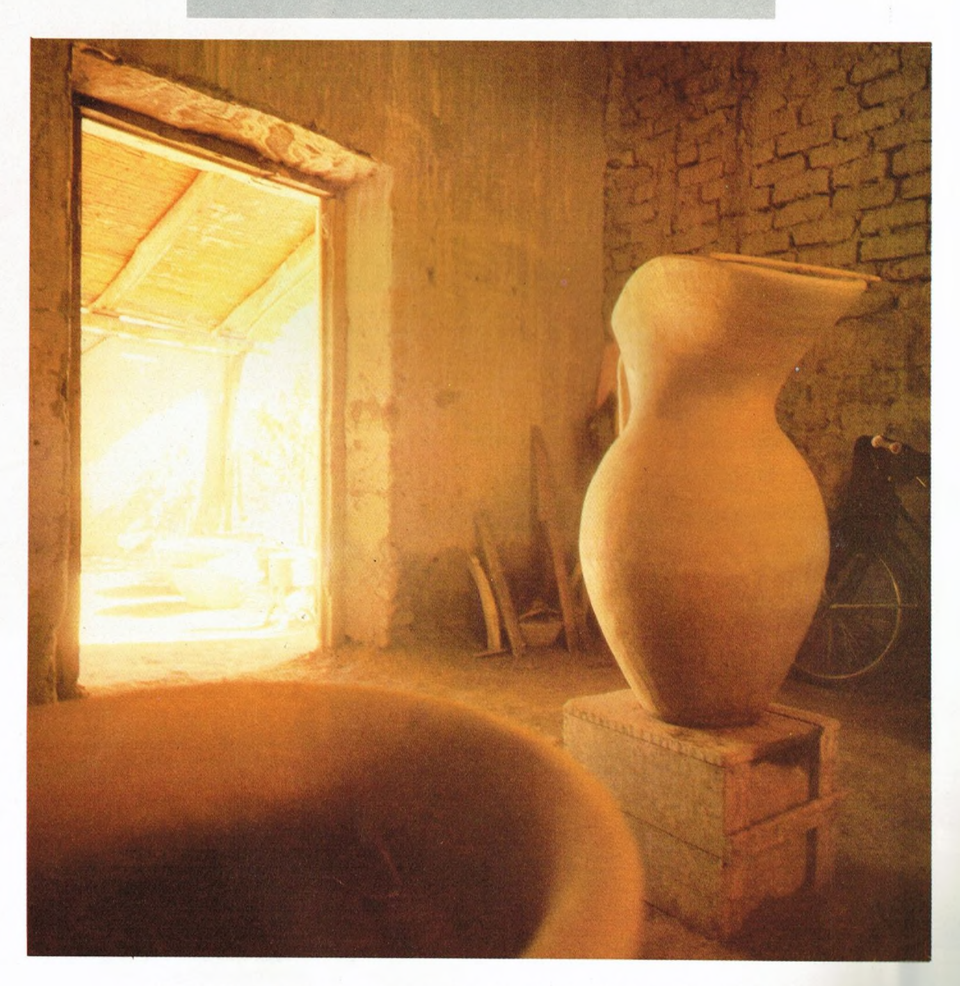
Fotomecánica:
Offset Plus Fotocromos
Comodoro Rivadavia 878, Bernal,
Provincia de Buenos Aires
Tel. 252-8794

Impresión:
Talleres Gráficos Ernesto Zeiss S.A.I.C.
Belgrano 4065/67 (1210) Buenos Aires
Tel. 981-5656/2731

ISBN: 950-614-496-6 (Obra completa)
ISBN: 950-614-497-4 (Tomo I)
La presente publicación se ajusta a la cartografía oficial, establecida por el Poder Ejecutivo Nacional a través del IGM, ley 22.963 y fue aprobada por expediente número GGG 4020/101 de fecha 25 de agosto de 1986.

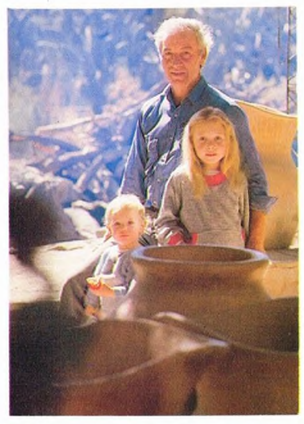
El rito de las tinajas.

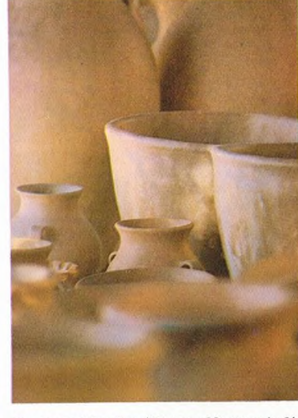
9



Un taller en Cafayate es el refugio de Víctor Cristofani, último heredero de una técnica alfarera perdida en el tiempo. Sus manos dan vida a la arcilla. El fuego da el toque final. La ceremonia despierta, en cada obra, el espíritu salteño.

Una sabia mezcla de aguas y arcillas, de soles y fuegos, se convierte en tinaja.





Desaparecidos los últimos alfareros indígenas, las tinajas dejaron de hacerse durante un siglo y medio, hasta que el padre de don Víctor rescató los secretos de esta milenaria artesanía. El logró dar a la masa de barro la misma textura y resistencia que le daban los antepasados. Un feliz casamiento entre la tierra y la habilidad de un hombre que moldea formas y texturas.





El hombre de mediana edad, de pelo entrecano y escaso, contempla con orgullo la inmensa tinaja que acaba de sacar del horno. Las formas son perfectas, como las de un ánfora clásica. La superficie parece haber recibido el más sutil de los esmaltes. Satisfecho, se inclina sobre su obra y estampa la dedicatoria y su firma: Víctor Cristofani. Se trata del heredero casi único de una técnica y un arte milenarios que se oculta, cada vez más escaso, en los repliegues de la precordillera salteña. El hombre, en el patio de su taller –situado en pleno Cafayate– rescatará una vez más la historia y el recuerdo de una tradición que habla de recipientes que un día no tan lejano atesoraron el vino y los comestibles, que protegieron la fermentación del maíz o la conservación del tabaco de los primitivos habitantes de los Valles Calchaquíes. Indios diaguitas, tolombones, gualfines y quilmes, nombres

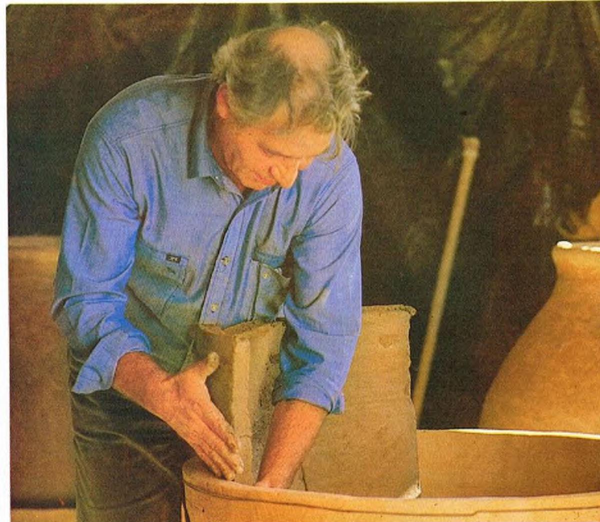
que apenas perduran en poblados o referencias geográficas.

Cómo nace una tinaja.

La tarea no es simple. Para elaborar una tinaja de alrededor de 1,80 metros de altura hay que mezclar dos tipos de arcilla, cuidadosamente seleccionados por Cristofani entre las serranías de la región. La masa se coloca en grandes recipientes donde se le agrega guano de ovino y se mezcla con agua hasta que queda elástica. Luego descansará nueve lunas.
Cristofani hace pasar la arcilla por una estiradora accionada a motor (la única máquina que interviene en el proceso de manufactura), que tiene la función de deshacer los grumos que quedan en la arcilla.
De la máquina van saliendo placas rectangulares que se estiran manualmente y que son colocadas una al lado de otra en la horma que las contendrá,



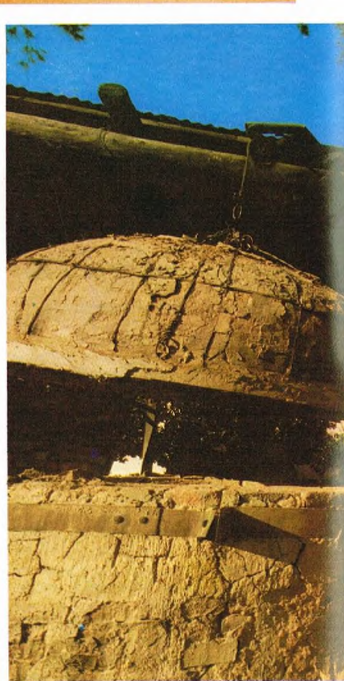




La unión de cada lonja de arcilla es la parte más compleja de la obra. Sutileza, cariño, paciencia y experiencia logran dar la forma adecuada. Cristofani moldea a voluntad una masa tan frágil que se despedazaría en manos de un aprendiz inexperto.







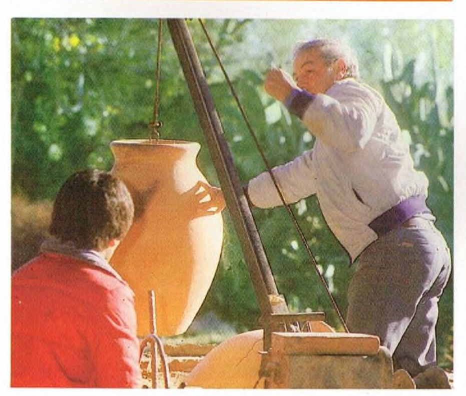
hasta completar la unión circular del molde. Los rectángulos sobresalen del borde del molde unos 40 centímetros. Con ese trozo se elaborará el cuello de la tinaja. En la parte superior se agregan otras planchas de arcilla, que se unen con el dedo índice y el mayor, juntando los bordes de las distintas planchas mediante el agregado cuidadoso de «chorizos» de arcilla moldeados con habilidad por las manos de Víctor Cristofani.
Luego del trabajo de unión –la parte más complicada del proceso– el artesano dejará secar la mezcla durante más de una semana.
La etapa final entra en vigor: Cristofani, con un pedazo de arcilla cilíndrica cubre las muescas dejadas por los dedos, alisando los intersticios. Para dar el necesario toque de perfección en la forma, la tinaja se alisa con primitivos utensilios planos.

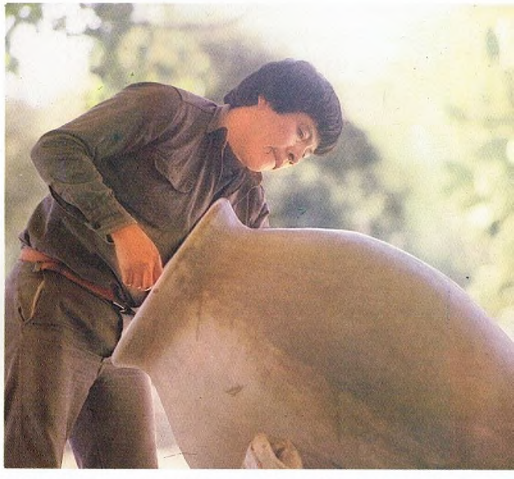
El cuello de la obra se confecciona con un pedazo de arcilla especialmente agregado al final. El artista usa su dedo anular para darle la justa armonía al relieve. Este procedimiento da mayor resistencia al borde de la boca, la parte más proclive a quebrarse.

Final de lujo.

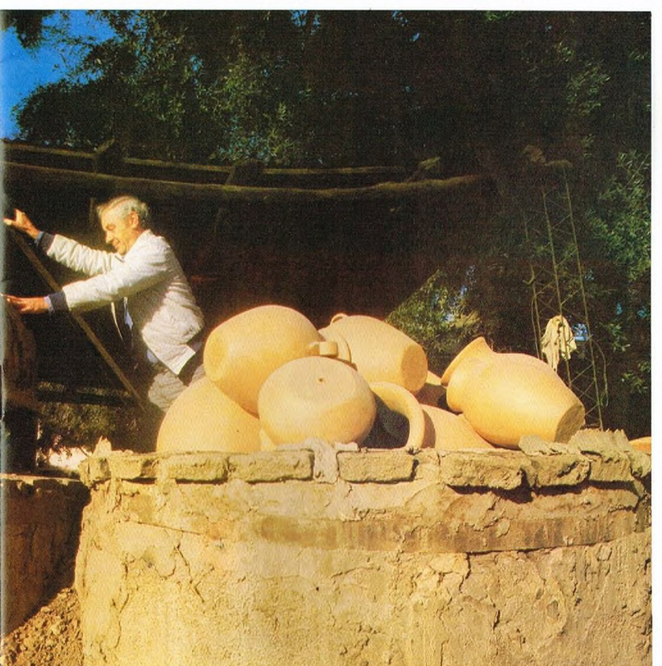
Los toques finales son los que requieren mayor detallismo: un lento ir y venir de manos y espátula, agregando arcilla colada para cubrir los poros. Después de unos veinte a veinticinco días a la sombra para que se seque el material, se coloca la pieza en el horno, izándola mediante una soga. Un día a fuego lento y dos a fuego fuerte –más un cuarto para que la tinaja se enfríe– marcan el final del largo proceso. Por eso cuando Cristofani estampa su firma en la monu-

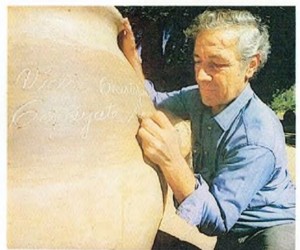
Desde que comienza el ritual hasta que la pieza está terminada pasarán casi dos meses. El resultado es la perfección.

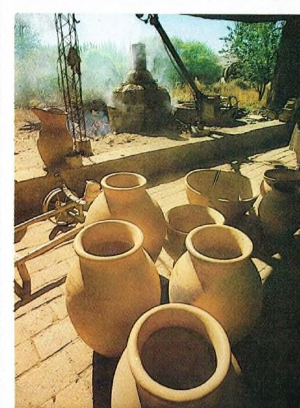




Una brocha, algunas espátulas, los últimos retoques sobre la tinaja en forma de ánfora. Desde el pueblo de Cafayate, una técnica que hunde sus raíces en la tierra se proyecta a todo el país.



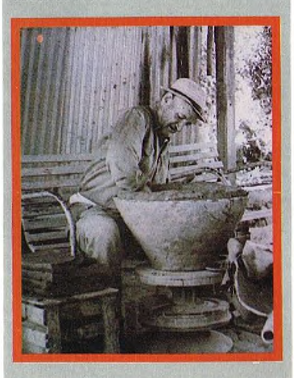


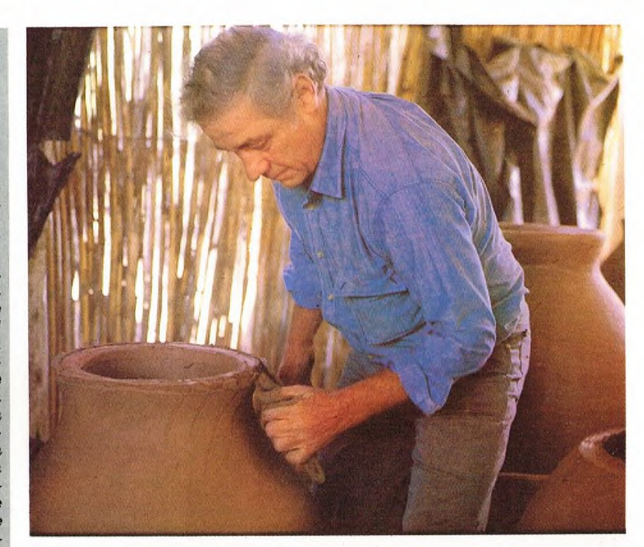


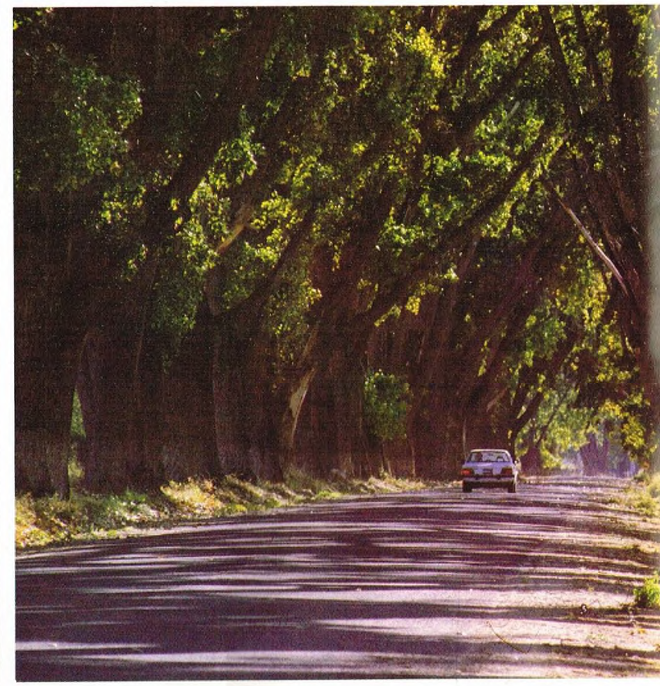
Falú y su zamba dedicada a Cristofani.

No muchos saben que la zamba *Quisiera ser alfarero*, con música de Eduardo Falú y letra de Alberico Mansilla, ha sido inspirada por Víctor Cristofani. El propio Falú relata el hecho. *«Un día, llegó hasta mí una hermosa tinaja, enviada por Víctor Cristofani, alfarero que retomó el arte de la alfarería en el noreste. Mi mujer ubicó la obra en un balcón de nuestra casa. Allí, rodeada de plantas, recibe el agua de lluvia, como en Salta. Yo miraba a menudo esa vasija hasta que un día pensé: caramba, a este arte milenario no se le ha hecho todavía una música. Y escribí una, y se la mandé a mi amigo Alberico Mansilla, en Córdoba, un gran poeta que tiene varias obras escritas y que cantó muy bien el tema del alfarero. La zamba se llama* Quisiera ser alfarero. *Se la mandamos a Cristofani que quedó sorprendido y encantado con ella y me regaló un cántaro muy bonito que aún conservo. La dedicatoria de nuestra obra fue:* "A Víctor Cristofani, modelador de la arcilla que duerme bajo la tierra".

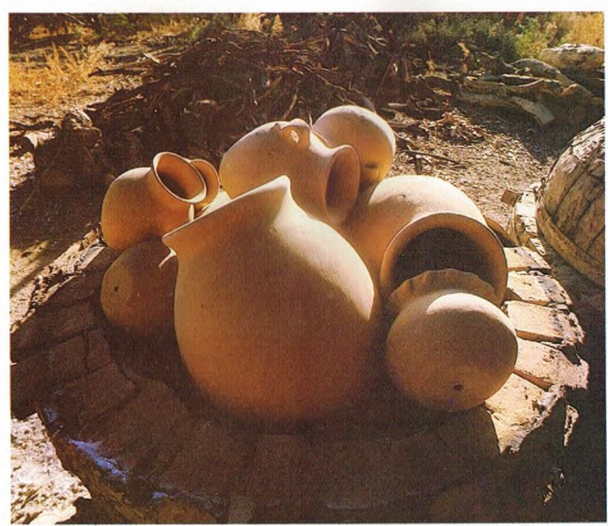
Quiero agregar que ojalá existieran muchos Víctor Cristofani en el país y en América para que toda esta alfarería milenaria que data de 9.000 años antes de Cristo –ya los asirios y los egipcios la fabricaban– llegue a nuestros días y se proyecte al futuro».

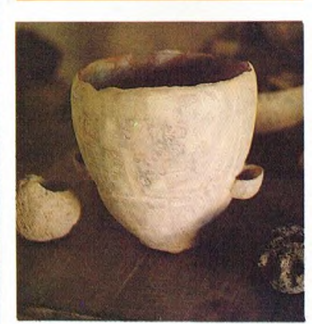






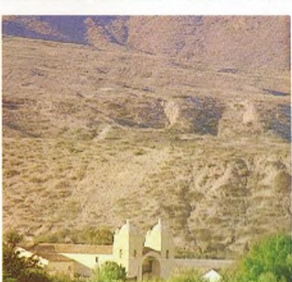
No hay en Cafayate un patio o una plaza que no tenga tinajas de Víctor Cristofani.

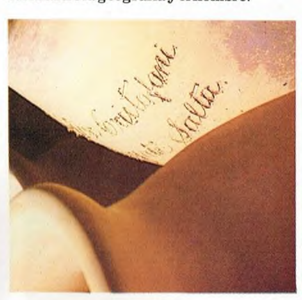




Cada detalle del paisaje y cada detalle de una pieza armonizan. Es la comunión perfecta entre la geografía y el hombre.







mental tinaja –algunas pueden pesar hasta 160 kilos– tiene razón sobrada para sentir satisfacción y orgullo.

Pasado y presente han sido hábilmente manejados por el creador salteño, que se enfrasca en su tarea con un gesto de satisfacción: sabe que es el heredero de una fórmula única para dar cuerpo y alma a la tierra. Y está plenamente consciente y orgulloso de ello: proyectándose desde su Cafayate natal, no hay esquina salteña, ni patio, ni paraje que se precie de tal, que no se adorne con una de sus ya famosas tinajas.

En el viejo patio trasero de su casa-taller de Cafayate, don Víctor Cristofani contempla las tinajas. Algunas son suyas. La mayoría pertenecen a su padre, el iniciador del rito. Con un dejo de melancolía, entre los rosas que tiñen el patio y el cielo, el alfarero casi murmura: *«esta es una artesanía que se dejó de hacer hace 150 años. Lo importante es que la tarea se continúe, que no se deje. A veces, cuando camino por tantos lugares de esta región y veo gran cantidad de las tinajas que hizo mi padre, me detengo junto a ellas, las acaricio y siento como si yo también a veces quisiera estar para siempre junto a ellas»*.

Pero en las palabras no sólo hay melancolía. Cristofani siente que cada tinaja lleva a los hombres un mensaje que, desde el pasado, habla de un legado ineludible: el de preservar el hilo invisible que une generaciones contra el olvido. Siente que las tinajas son como hijas que ya no le pertenecen porque tienen vida propia. Pertenecen a esta generación, le sugieren un destino posible. Esa es, sin duda, la mayor satisfacción para su creador.

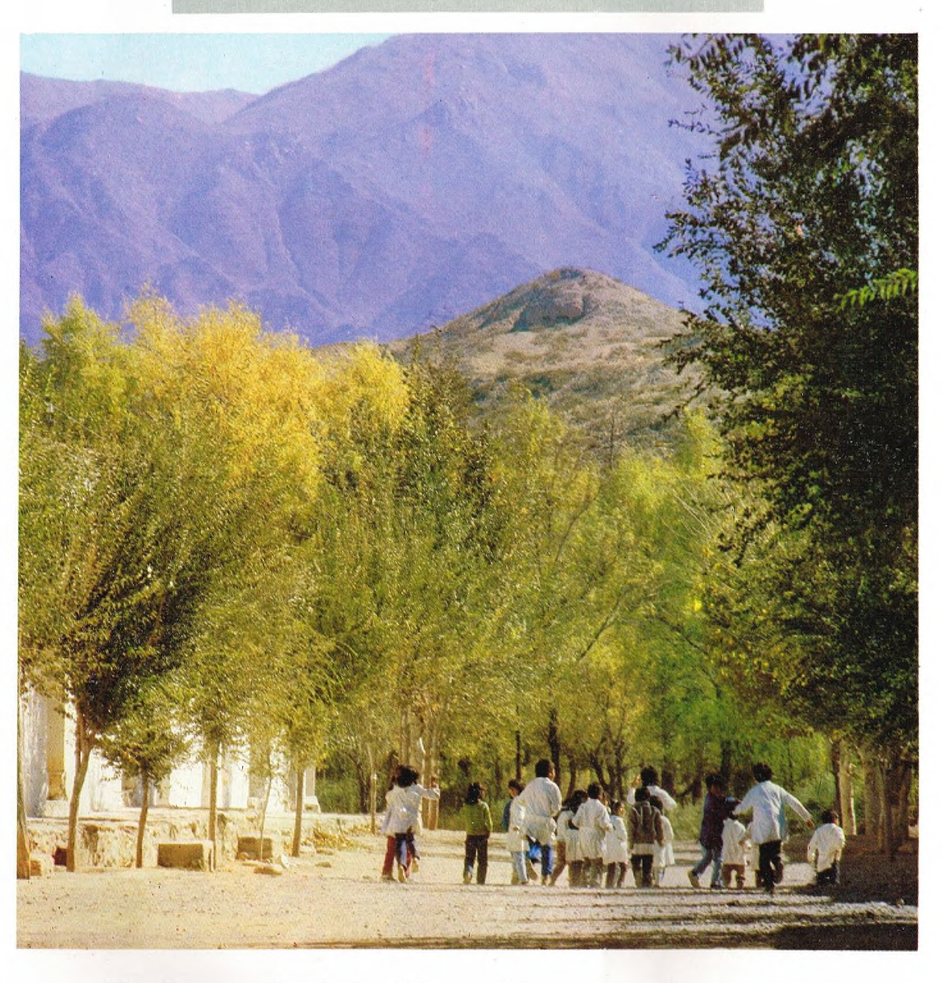
La historia vive en los Valles Calchaquíes.

Los Valles Calchaquíes son la encrucijada natural que conecta la zona de la Puna con lo que se conocía como región de Salta del Tucumán. Por allí establecieron su camino los incas del Perú y también por ella transitaron luego los conquistadores españoles. Fue justamente la presencia –por lo general violenta– de éstos, la que produjo grandes rebeliones indígenas. Y así cobró fama la brava figura del cacique Juan Calchaquí, que plasmó con su sangre su nombre en el valle, como si intentara no borrarse jamás de la memoria de los futuros habitantes que ignoran su epopeya. De aquellos tiempos viene el rito de las tinajas. Pero también de aquellos tiempos quedan todavía hoy testimonios únicos. Verdaderas joyas para los visitantes. Así, el pueblo de Molinos sigue invadido por ese espíritu de antaño. Como una invitación a sumergirse en un pasado no tan lejano. Esta zona constituye el punto clave para comprender la prehistoria y la historia del noroeste argentino y de la provincia de Salta en particular. Todo aquí tiene un sabor, un aroma, un ritmo especial. Como el silencio y las penumbras de sus noches, donde parece todavía resonar la voz autoritaria del último funcionario realista que se rindió a las nuevas autoridades independientes de nuestro territorio: Nicolás Severo Isasmendi. Hacia fines del siglo XVIII la encomienda de San Pedro Nolasco de los Molinos era de tal magnitud que abarcaba las tierras de El Churcal, Seclantás, Tancuil y Hualfín, llegando hasta Angastaco. Hoy sólo queda el pueblo de Molinos. Pero el espíritu parece intacto.

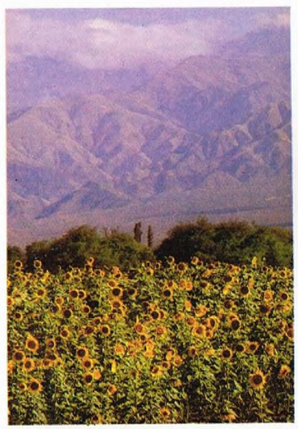


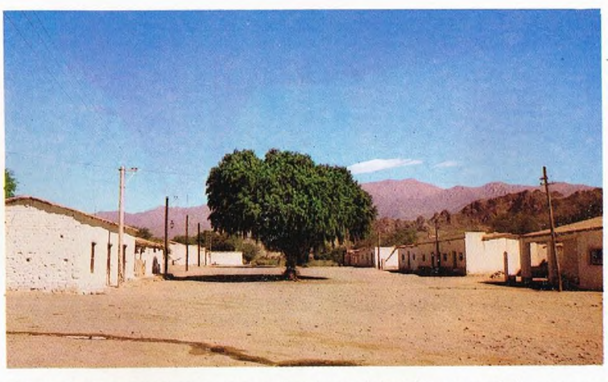

ROMERO

Molinos: un pueblo olvidado en el tiempo.



Hay lugares donde la vida se mide en otras dimensiones. Como si cada calle, cada esquina, cada piedra exhumaran historias tan eternas como los soles que, en los Valles Calchaquíes, arropan la inmutable arquitectura del pueblo de Molinos.





Pircas centenarias, patios húmedos y silenciosos, viejos telares que enhebran recuerdos en hilos de lana. Manos encallecidas y rostros casi inmutables. Impronta de un pueblo que fue excluido de eso que, pomposamente, se define como progreso.

Desde Cafayate hasta Molinos el terreno se va elevando hasta llegar a los 2.000 metros sobre el nivel del mar. Son 115 kilómetros que se recorren por la ruta 40 hasta llegar a la antigua encomienda. Ciento quince kilómetros entre un aire diáfano, transparente, un clima seco, un sol que golpea en verano y una temperatura que llega a los cuatro grados bajo cero en invierno.

Bruscamente, 50 kilómetros antes de llegar a Cachi, el viajero se encuentra con una reliquia que permanece casi intocada desde la época de la colonia: el pueblo de Molinos.

Esas piedras vieron tanto el paso de los incas como la conquista española. Diego de Almagro (padre) y Diego de Rojas pasaron por el valle en busca de oro y plata, quizá demasiado preocupados para detenerse a contemplar la belleza y menos aún la posibilidad de roturar la rica tierra.

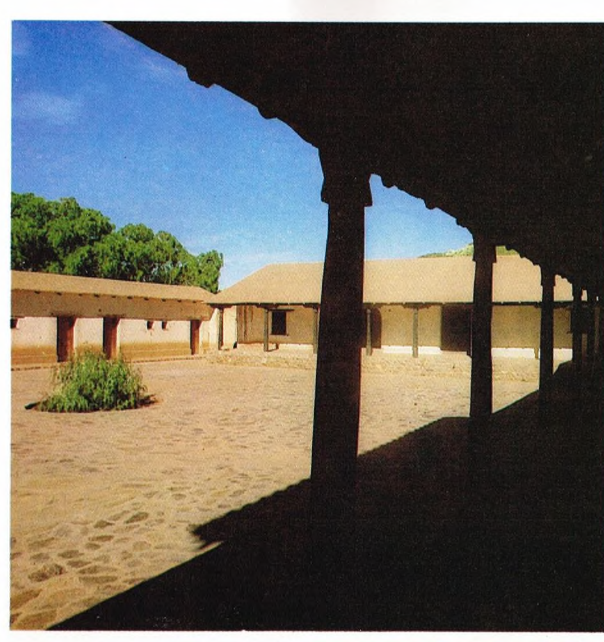
La ficha es sintética:

DEPARTAMENTO: MOLINOS
HABITANTES: 247
VIVIENDAS: 73

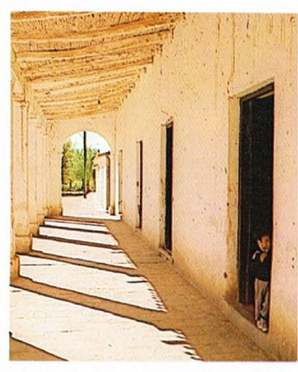
Y podría también agregar que no hay teléfonos; que apenas si se cuenta con un par de cloacas en la escuela y en el hospital, que tiene sólo diez camas.

Por su parte el comercio se reduce a dos almacenes sin expendio de bebidas, dos con despacho de alcohol, un bar, dos negocios de ramos generales, una tienda y una pensión.

Las familias del lugar se dedican a los sembradíos de subsistencia o a la con-



Este rincón salteño recibe más visitas de turistas europeos que argentinos.

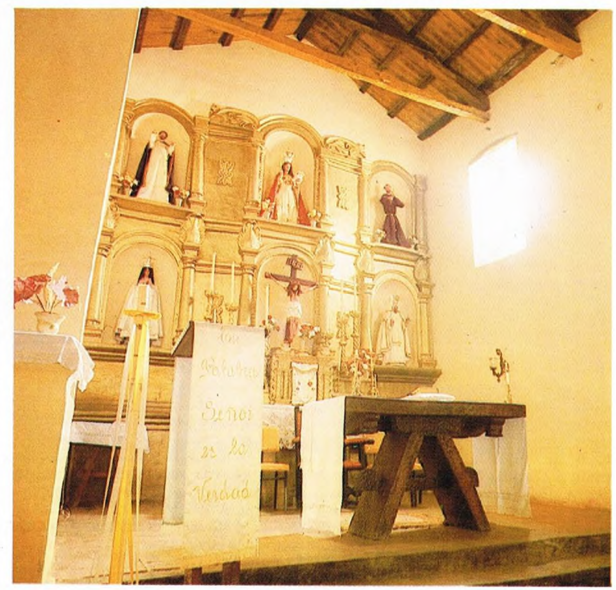


Algunos signos de progreso: la casa del último encomendero fue convertida en hostería y los viejos faroles de las calles hoy alojan luces de mercurio. El único televisor que existe en el pueblo se encuentra en una sala de la casa parroquial.

Padre Alfredo Martín:

«Como en Andalucía».

El padre Alfredo Martín, español, es un hombre joven, morocho, de espesas cejas, pelo enrulado y dicción francamente española: *«Pueblo, realmente pueblo, creo que Molinos no lo fue nunca. Sino una encomienda alrededor de la cual fue haciéndose el casco urbano. No existe una plaza frente a la iglesia, sino la casa del señor Isasmendi. Tampoco se encuentran casas al lado de la iglesia, sino que se hicieron alejadas de la finca y fueron pasando por distintas manos. La gente de Molinos sigue su vida de acuerdo a sus maneras, a su forma de ser. A los que llegan de afuera les extraña esta manera de vivir. No ven personas en la calle y se preguntan por qué Molinos figura en la hoja de ruta. Pero a poco de recorrerlo, encuentran que es un pueblito colonial con todo su encanto y que hace recordar a los poblados de Andalucía; algo que parece detenido en el tiempo»*.





La iglesia fue construida en 1633 y aún conserva los restos momificados del encomendero Isasmendi Echalar. Hasta el acento del español que hablan sus habitantes tiene un sabor antiguo, quizás de nostalgia por los tiempos pasados.



fección en típicos telares, de tejidos regionales: ponchos, mantas, chalinas, fajas, peleros, frazadas.

La edificación es blanca, de una blancura deslumbrante bajo el sol de los valles. Las casas son de adobe y piedra, con techos de madera, barro, caña y paja. En general están en buen estado y a veces cuentan con cocina y pozo ciego. Se pueden ver, también, viviendas en ruinas como causa del avance del río cercano y del éxodo de los pobladores jóvenes.

Y es que Molinos no crece. Cuenta con la misma cantidad de habitantes que durante la época de la colonia: la tierra es escasa, con poco riego y mal distribuida. Las únicas diversiones se centran en algún partido de fútbol y la tertulia que se forma alrededor del único televisor instalado en la iglesia del pueblo gracias a la iniciativa del párroco, Alfredo Martín, quien habita en Molinos en forma permanente.

Las rebeliones indígenas.

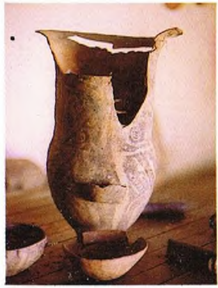
Pero este presente opaco oculta un pasado que tuvo que ver con la historia de la conquista y de la independencia nacionales. Molinos sintetiza en su historia la dureza de las luchas por conformar el Estado nacional actual.

Las primeras guerras en la región datan del siglo XVII, cuando las huestes de Juan Calchaquí tuvieron en jaque durante varios años a los soldados españoles. Por primera vez en América los duros ocupantes fueron batidos una y otra vez por el estratega indígena. Así fueron despedazadas las tropas de Núñez del Prado, y a Bazán, sucesor del mítico Aguirre, casi lo echan para siempre del Tucumán. Por eso, la muerte del primer caballo extranjero, herido en el corazón por una flecha envenenada, se celebra todavía en festejos populares: los conquistadores han dejado de ser dioses para transformarse en hombres. La rebelión terminó con la captura de Chumpicha, hermano de Juan Calchaquí, quien, ante la amenaza contra la vida de éste, desiste de su campaña.

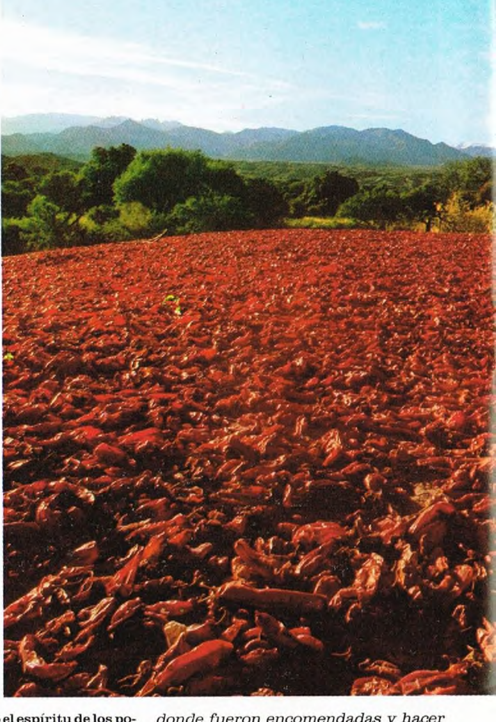
Llega entonces la hora del reparto. Las tierras y los indios son entregados a los capitanes vencedores, estableciéndose en la zona las encomiendas, posesión de tierras y personas al servicio y provecho del encomendero designado por el monarca de España. Una designación vitalicia que alcanzaba, además, a una generación sucesiva, con el «cargo» de *«cuidar del bien de los indios en lo espiritual y temporal y defender las provincias*

Molinos debe progresar sin que eso afecte el valor histórico que allí se guarda.

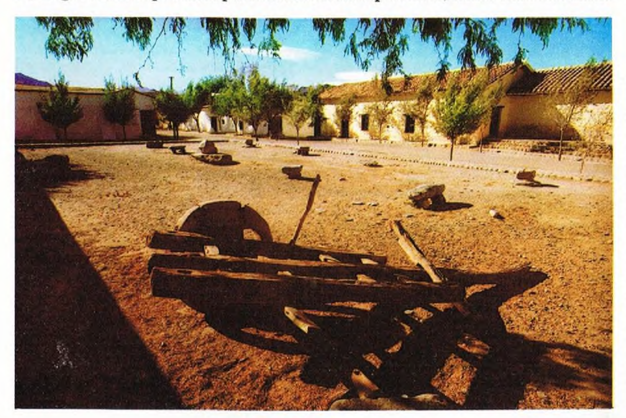


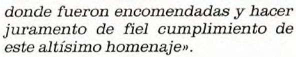






Preservar las tradiciones. Esa parece ser la llama que mantiene vivo el espíritu de los pobladores de San Pedro Nolasco de los Molinos. Muchos prefieren cerrar las puertas de sus hogares ante la presencia perturbadora de los esporádicos, indiferentes visitantes.



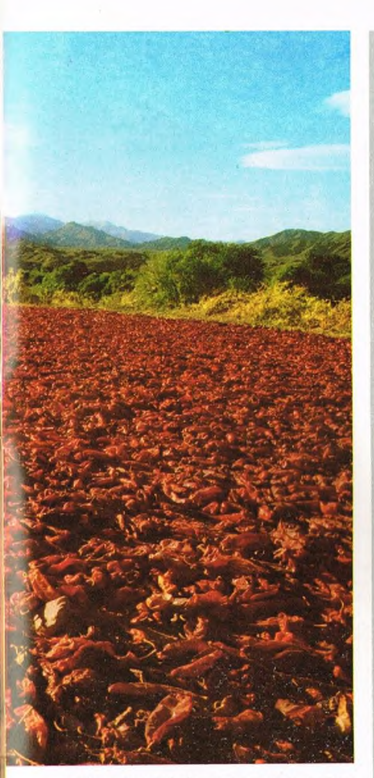


donde fueron encomendadas y hacer juramento de fiel cumplimiento de este altísimo homenaje».

La sombra del encomendero.

El primer encomendero del lugar fue el mariscal de campo don Diego Diez Gómez. La encomienda se llamó *Calchaquí,* en recuerdo del vencido cacique. Y la hacienda se levantó en San Pedro Nolasco de los Molinos de Calchaquí alrededor de 1690.

La hija del fundador, María Magdalena Diez Gómez, se casó en segundas nupcias con el general Domingo de Isasmendi que atendía la hacienda de su esposa, y a cuyo cargo pasó la encomienda cuando muere doña María Magdalena en 1739. El 10 de abril de ese año se cumple el ceremonial de reconocimiento del poder feudal: los indios Alejo y Miguel, en representación de sus pueblos, como cuenta un cronista de la época, *«en señal de suje-*



Tejenderos: una artesanía que se extingue.



ción y dominio lo reconocen por amo, le quitan la capa, la doblan y se la vuelven a poner, le quitaron y pusieron la espada y lo mismo ejecutaron con una espuela».

Domingo de Isasmendi muere en Molinos el 4 de agosto de 1767 y lo hereda su hijo mayor, don Nicolás Severo de Isasmendi, a los catorce años.

Y es justamente la inmensa sombra de don Nicolás (1753-1837) la que sigue rigiendo los destinos de Molinos, las conversaciones y los sueños de sus habitantes. Como si el tiempo se hubiera detenido 150 años atrás.

La casa de don Nicolás –donde se está construyendo un museo, restaurante y posada–, frente a la iglesia colonial, atrae las miradas del visitante. El mismo encomendero, momificado, parece guardar, a un costado del altar, lo que antes fuera su feudo, entre trípticos flamencos e imágenes traídas de la España conquistadora.

Según un documento de 1804 su fisonomía era: «estatura baja, ojos par-

En la zona de los Valles Calchaquíes es el hombre quien teje y la mujer la que hila, porque debido al gran grosor de la lana (por el frío ambiente) el golpe de pala para compactar la trama requiere un vigor sólo posible para la fuerza masculina.

Alfonso Guzmán trabaja con lana industrial y con lana de oveja, y encuentra dificultades para encontrar material del mismo espesor.

«Este poncho azul con guarda beige es el color del departamento de Seclantá –señala–. *Cada localidad tiene su color propio, para poder identificar a la distancia su procedencia. Esta tradición viene de muy antiguo, de las guerras gauchas, porque era preciso saber quiénes eran los amigos y quiénes los enemigos».*

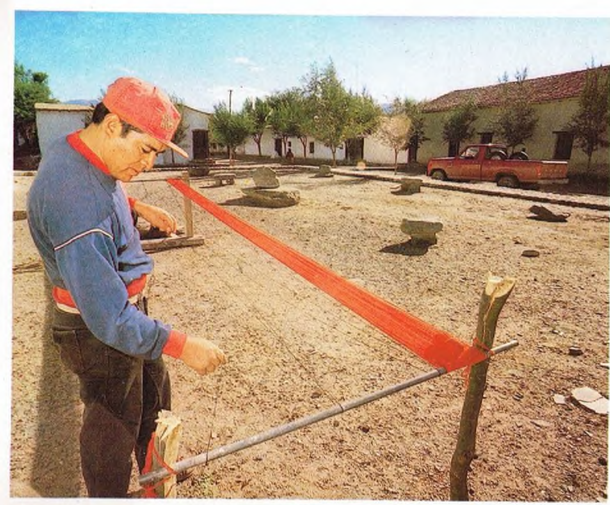
Guzmán tarda dos días para preparar la «yunta»: una tirada larga de urdimbre de la que saldrán dos ponchos. Trabaja con dos golpes de pala para obtener una trama consistente y compacta.

Francisco Velázquez, cuarenta años, cuatro hijos, vive y trabaja en Tomaco (departamento de Molinos). Su especialidad es el tapiz y la frazada. Como Guzmán, comparte esa tarea con las labores de campo, y nos explica los secretos del teñido: *«Antes de emplearse en el tejido los hilos deben ser teñidos con los diversos colores que quieran darse. Si se trata de un poncho con guardas, los hilos son tratados previamente con anilina. Si se usa resina de árboles se debe hacerla hervir con mordientes de tierra».*

Por su parte Mariano Fabián, de 37 años y con siete hijos agrega: *«Un poncho se hace con trescientas pasadas de hilo rojo y 45 de hilo negro* –hilo rústico de lana de oveja fabricado por él–. *Un poncho de 2,20 por 0,70 necesita una urdimbre de 4,80 metros de longitud».*

«Capital del poncho»: un título del pasado. Los viejos tejenderos parecen extinguirse.





El dibujo de cada poncho suele representar el pueblo donde fue confeccionado. La lana proviene de sus propias ovejas; la tintura se obtiene con plantas y hierbas de la región. Una artesanía cuya suerte está marcada por los arbitrios de oscuros mercaderes.





dos, pelo y cejas castaños, nariz regular, frente pequeña, boca grande y barba cerrada». La carrera de las armas guía la vida de Isasmendi desde su juventud: en 1775 es comisionado por el gobernador de Salta para someter a los indios de la provincia de Atacama, tarea que cumple *«logrando a su costa reducir a los rebelados a la legítima obediencia»*.

En 1809 es nombrado gobernador-intendente de Salta por el entonces virrey Santiago de Liniers.

Al producirse la Revolución de Mayo de 1810, Salta decide su adhesión a la Primera Junta de Gobierno. Isasmendi intenta oponerse, fiel a la corona española, pero al asumir Chiclana, ordena que lo engrillen y lo manden a Buenos Aires. Isasmendi logra huir rumbo a su hacienda de Molinos donde permanecerá escondido *«hasta que los ánimos se calmen»*.

Allí, en esa casona con cuatro patios y dos plantas pasará los últimos años de su vida. Se lo verá vestido con su uniforme color verde oliva, la chaqueta de terciopelo con doble hilera de botones dorados y presillas trenzadas en hilos de oro. Sobre su pecho lucirán tres medallas, obtenidas por sus acciones contra los aborígenes. En las grandes ocasiones el hombre ya anciano llevará un uniforme color azul con el que finalmente fue enterrado al morir el 16 de diciembre de 1837, en un mundo que ya no entendía, rodeado de sus fieles y de sus vasallos, último señor feudal que no se rindió a los nuevos gobernantes.

Al atardecer, y aun antes, sus calles silenciosas y desiertas son un espejo de la desolación de un pueblo que tiene poca o ninguna actividad laboral, a excepción de unas modestas tareas agrícolas o del oficio del telar, por otra parte cada vez más en desuso. Es como si Molinos durmiera, a la espera de una orden de la otrora vigorosa voz del encomendero Nicolás Severo Isasmendi y Echalar.

CATAMARCA: cultura, salud, vivienda.

La familia: el núcleo familiar medio se compone de 4 a 5 personas.



Vivienda: hay un total de 42.868 viviendas; 27.969 son casas independientes y departamentos; 78, casas precarias y 12.918, ranchos. El 55,10 por ciento vive en zonas urbanas y el 44,90 por ciento en zonas rurales.

Las escuelas: hay 689 establecimientos de distinto nivel a los que asisten 64.897 alumnos.

Analfabetismo: 9,36 por ciento.

Los médicos: hay 263 establecimientos asistenciales atendidos por 549 médicos. El 37,60 por ciento de los hogares tiene necesidades básicas insatisfechas.

Diarios, radios y canales de televisión.

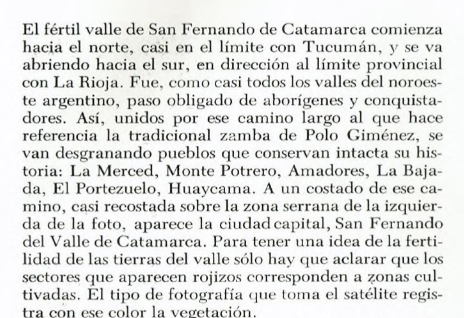
Diarios: El Sol, tabloide, matutino; La Unión, formato sábana, matutino.
Radios: Radio Nacional Catamarca.
Televisión: no posee estación de televisión pero recibe el Canal 12 de Córdoba, el Canal 10 de Tucumán y el Canal 9 de La Rioja.

Caminos, vehículos.

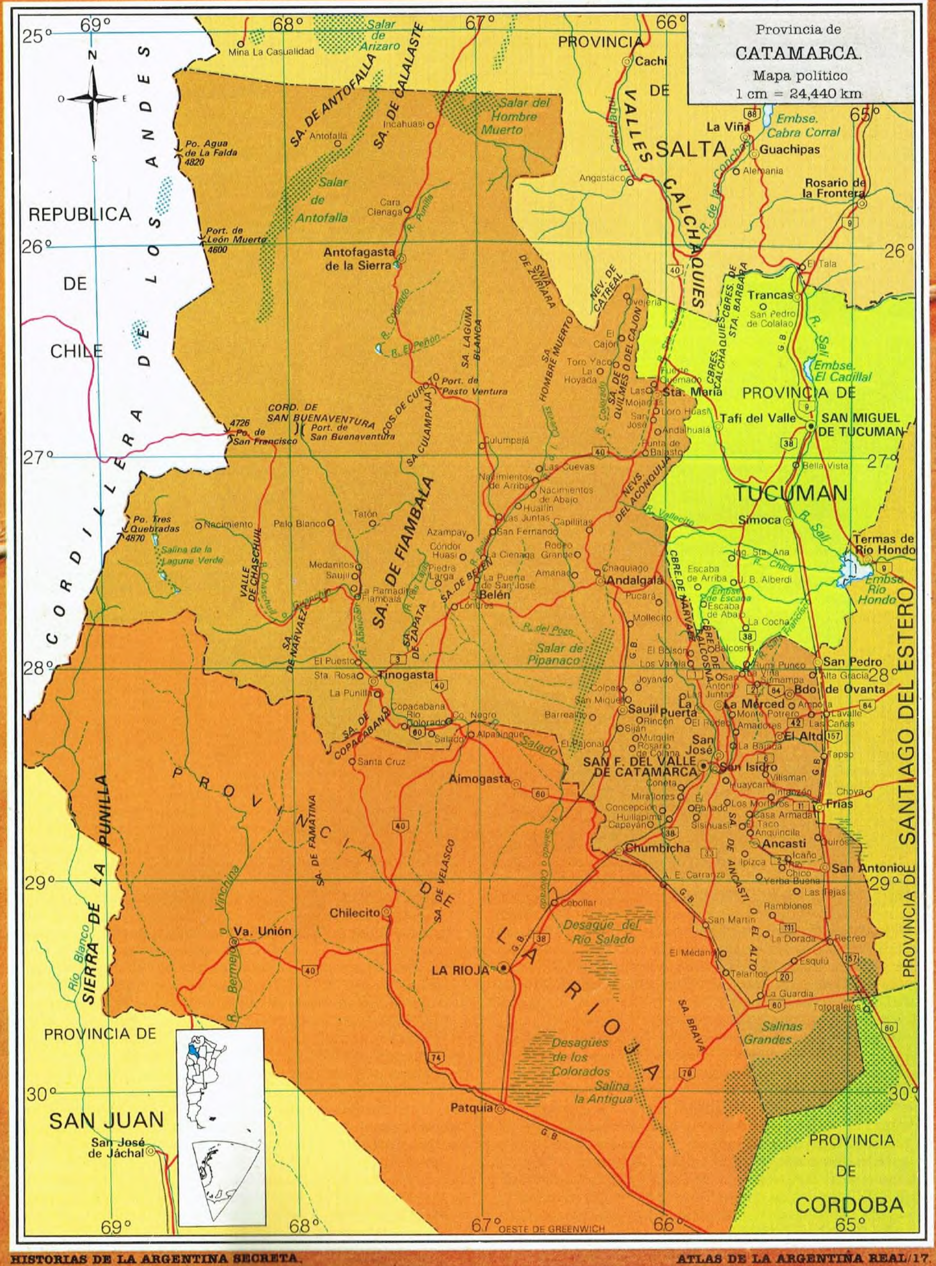
Número de automotores: 12.971.
Red caminera: 2.886 kilómetros.

El valle de Catamarca en su dimensión planetaria.

LA CUESTA DEL PORTEZUELO Y OTRAS SORPRESAS.



El fértil valle de San Fernando de Catamarca comienza hacia el norte, casi en el límite con Tucumán, y se va abriendo hacia el sur, en dirección al límite provincial con La Rioja. Fue, como casi todos los valles del noroeste argentino, paso obligado de aborígenes y conquistadores. Así, unidos por ese camino largo al que hace referencia la tradicional zamba de Polo Giménez, se van desgranando pueblos que conservan intacta su historia: La Merced, Monte Potrero, Amadores, La Bajada, El Portezuelo, Huaycama. A un costado de ese camino, casi recostada sobre la zona serrana de la izquierda de la foto, aparece la ciudad capital, San Fernando del Valle de Catamarca. Para tener una idea de la fertilidad de las tierras del valle sólo hay que aclarar que los sectores que aparecen rojizos corresponden a zonas cultivadas. El tipo de fotografía que toma el satélite registra con ese color la vegetación.
La meseta que se puede observar a la derecha del valle corresponde a la región denominada El Alto, limítrofe con la provincia de Santiago del Estero, donde se encuentran pueblos de un encanto particular, entre los que resaltan Ancasti, Anquincilla y El Alto. Separando ambas zonas, una abrupta quebrada da lugar a uno de los caminos más renombrados del país: la cuesta del Portezuelo.
Para subirla, se debe transitar un camino ondulante —observable nítidamente con una lupa como una línea sinuosa más clara— que en 20 kilómetros asciende hasta los 1.680 metros de altura sobre el nivel del mar. En la trepada, el viajero encontrará pequeños balcones que invitan a realizar un reconfortante alto en el camino.
Punto de partida de ese trayecto —que puede continuar hacia Córdoba o hacia Santiago del Estero— es la localidad de El Portezuelo, en el antiguo departamento de Valle Viejo, fundado en el año 1585. Allí todavía subsisten creencias, mitos y rituales que parecen de otro siglo. Es así como la curandera y el sacerdote suelen ser consultados ante cualquier problema. El médico seguramente aparecerá recién en tercer lugar.
Un territorio rico en minerales, potencial centro agrícola y turístico, pero que hoy sobrevive a uno de los crecimientos demográficos más lentos del país. Sólo algunos oasis creados gracias al riego artificial, alguna poco tecnificada explotación minera y una incipiente industria son los elementos objetivos que permiten albergar esperanzas, planes e inversiones para una zona que necesita imperiosamente desarrollarse.
Detrás de esta significativa imagen satelitaria, detrás de los hermosos paisajes, acompañando a su rica historia, hay un pueblo que espera un futuro mejor.
Otro dato para observadores detallistas: junto al camino original que une a todos los pueblos del valle, se ha construido otro, rectilíneo y asfaltado, cómodo y seguro, pero que deja al margen a todas las poblaciones. Un verdadero símbolo: sirve sólo para la gente de paso, no para los habitantes del lugar.
La fotografía fue tomada desde el satélite Landsat el 29 de septiembre de 1984 y procesada el 16 de septiembre de 1985.



Provincia de
CATAMARCA.
Mapa político
1 cm = 24,440 km
REPUBLICA
DE
CHILE
CORDILLERA DE LOS ANDES
PROVINCIA
DE
SALTA
VALLES CALCHAQUIES
TUCUMAN
PROVINCIA DE
SAN MIGUEL DE TUCUMAN
PROVINCIA DE SANTIAGO DEL ESTERO
PROVINCIA DE LA RIOJA
LA RIOJA
PROVINCIA DE
SAN JUAN
PROVINCIA
DE
CORDOBA
SAN F. DEL VALLE DE CATAMARCA
Salar de Arizaro
Salar del Hombre Muerto
Salar de Antofalla
Salar de Pipanaco
Salina de la Laguna Verde
Salinas Grandes
Salina la Antigua
Desagüe del Río Salado
Desagües de los Colorados
Embse. Cabra Corral
Embse. El Cadillal
Embse. Río Hondo
SA. DE ANTOFALLA
SA. DE CALALASTE
SA. DE FIAMBALA
SA. DE NARVAEZ
SA. DE ZAPATA
SA. DE BELEN
SA. CULAMPAJA
SA. LAGUNA BLANCA
SA. DE ZURIARA
SA. HOMBRE MUERTO
SA. DE COPACABANA
SA. DE FAMATINA
SA. DE VELASCO
SA. BRAVA
SA. DE ANCASTI O EL ALTO
SIERRA DE LA PUNILLA
CORD. DE SAN BUENAVENTURA
VALLE DE CHASCHUIL
Po. Agua de La Falda 4820
Port. de León Muerto 4600
Po. de San Francisco 4726
Port. de San Buenaventura
Po. Tres Quebradas 4870
Port. de Pasto Ventura
Mina La Casualidad
Antofalla
Incahuasi
Cara Cienaga
Antofagasta de la Sierra
Cachi
La Viña
Guachipas
Alemania
Angastaco
Rosario de la Frontera
El Tala
Trancas
San Pedro de Colalao
Sta. María
Tafí del Valle
Andalhuala
Culumpajá
Las Cuevas
Nacimientos de Arriba
Nacimientos de Abajo
Hualfín
Capillitas
San Fernando
Azampay
Cóndor Huasi
Nacimiento
Palo Blanco
Tatón
Medanitos
Saujil
La Ramadita
Fiambalá
Belén
Londres
Andalgalá
Chaquiago
Amanao
Pucará
Mollecito
El Puesto
Sta. Rosa
Tinogasta
La Punilla
Copacabana
Río Colorado
Salado
Alpasinque
Santa Cruz
Aimogasta
Simoca
Bella Vista
Termas de Río Hondo
La Cocha
Balcosna
San Pedro
Alta Gracia
Bdo. de Ovanta
La Merced
Saujil
La Puerta
San José
San Isidro
El Alto
Frías
Chumbicha
Ancasti
San Antonio
Tapso
Las Cañas
Lavalle
Chilecito
Va. Unión
Patquía
San José de Jáchal
El Médano
La Guardia
Totoralejos
Recreo
Esquiú
San Martín
Cebollar
A. E. Carranza
25°
26°
27°
28°
29°
30°
69°
68°
67°
66°
65°
OESTE DE GREENWICH